

*Campeños Asesinados***¿Nuevo Rumbo en Hidalgo?**

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

DUELE que la deshumanización en que todos hemos caído reduzca el asesinato de seis seres humanos concretos, con historias personales, con familia a su alrededor, a mero dato para la información o el intento de análisis. Dolor por otra parte farisaico —preciso es reconocerlo— pues ya los habíamos matado, mucho antes, todos nosotros, y a millones como ellos, al mantenerlos al margen de la posibilidad de que realizaran a plenitud su destino.

SEIS indígenas hidalguenses, a quienes ni siquiera pudimos enseñarles la lengua que hablamos nosotros, a quienes nunca pudimos comunicarles el amor en que muchos de nosotros vivimos inmersos, hasta colmados, fueron muertos en Huejutla. Hasta donde se sabe, una banda de mercenarios, al servicio de terratenientes ilegítimos, los ultimó por considerarlos culpables de un delito de intención: los indios se proponían invadir predios pertenecientes por malas artes a los presuntos autores intelectuales del múltiple asesinato, que nunca será suficientemente castigado, aun si lo es en términos judiciales.

El crimen de Huejutla favorece varias consideraciones. La primera tiene que ver con el problema general de las invasiones de tierras. He aquí un asunto tratado a menudo con unilateralidad culpable. Se condenan, sin más, las ocupaciones de hecho. Ciertamente es que algunas veces sólo se efectúan a modo de que quienes las conducen obtengan un botín

político. Pero, con mayor frecuencia, son el único camino que se abre a campesinos cansados de esperar justicia o persuadidos de que ésta no obrará nunca a su favor.

Usados por sus líderes, abandonados por el gobierno, ahora los campesinos sin tierras y sin esperanza están a merced de los terratenientes. La decisión de los de Huejutla parece ilustrar con claridad la nueva, violenta, extrema actitud de

los propietarios de tierras, adquiridas de cualquier modo. Para protegerse de invasiones, o para ejemplarizar de tal modo que eviten las ocupaciones, llegan al asesinato. Lo ocurrido en la Huasteca hidalguense no es el dato primero de este feroz comportamiento.

EN términos más circunscritos al ámbito hidalguense, será preciso deslindar la naturaleza política de la agresión de los terratenientes, en relación con los acontecimientos de abril pasado. Se identifica a los instigadores del crimen como miembros de la camarilla del cacicazgo que terminó formalmente en ese mes. Su acción revela que las raíces de la estructura feudal han quedado intocadas, y que es preciso afectarlas. O prueba que el coletazo de la bestia herida de muerte ha demorado, pero se produjo al fin. En tal caso, habrá que temer nuevos acontecimientos de la misma índole, en otros centros del poder caciquil.

La injusticia y la muerte enderezadas contra campesinos indígenas no ocurre por vez primera en Hidalgo. En las páginas de este periódico quedaron documentadas decenas de atropellos auspiciados o tolerados por

el gobierno anterior. Por esa causa, los crímenes quedaron impunes. Se antoja necesario que hoy no ocurra así. La sustitución de un equipo gobernante por otro no produciría por sí misma la eliminación de la injusticia prevaleciente, porque la clase política donde unos y otros fueron reclutados es la misma. No tienen diferencias sustanciales unos y otros. Lo que puede distinguirlos, y justo es reconocer que en buena medida ya ha sucedido así, es su actitud ante los derechos ciudadanos. El curso que se dé a la investigación y a los procesos que se abran en torno al bárbaro, execrable homicidio múltiple de Huejutla, será piedra de toque para juzgar al gobierno provisional de Hidalgo, y al que lo suceda para el término constitucional.